

## UNIVERSITARIOS EN MISION

**A**DIVINADO lo tenía por no sé qué extraña sensibilidad en mis años de estudio, pero fueron dos experiencias personales las que me forzaron a repensar el tema. Desde entonces, lo he meditado y contrastado.

Un brusco giro en mis ocupaciones habituales me ha sumergido de lleno en la vida de nuestro pueblo. Una cosa es conocer y querer la España histórica y posible de nuestros amores cribada en el cedazo de investigaciones y ensayos, y otra distinta tomar contacto íntimo y caliente con los cuerpos y las almas de nuestros labriegos. El hombre de estudio sabe que si bien en una confrontación parcial de valores habría que colocar los de la inteligencia tirando a la cúspide, la integración del pensamiento en la compleja unidad vital lo subordina en servicio al ser en cuanto tal existente. Por eso el pensamiento traiciona sus postulados esenciales cuando se deshumaniza. Aunque trace bellísimos contornos geométricos o describa páginas imperecederas. Por eso lo universitario es un valor subordinado en servicio a lo social. Aunque nos duela, y reste poesía a nuestros sueños.

No creo haber encontrado una ordenación estatal universitaria que pueda salvarse de críticas acerbas. Mucho será si a pie firme resiste los embates. Más diré: la perfección en esta materia es inasequible. La razón, clara: una ordenación universitaria debiera prever y presolucionar los puntos de tangencia que la inteligencia, al servicio de la vida, tiene con el conjunto social. Demasiada complejidad para que todo quede en su punto. Pero uno de los matices más desatendidos en la formación de nuestros cuadros universitarios es lo que yo llamaría «conciencia de misión». Aquí mi personal experiencia. Bien la entenderán sacerdotes, médicos, abogados, técnicos, cuantos universitarios se hayan visto lanzados de su estudiantil torre de marfil a la vida vulgar de nuestros pueblos.

**DESCONCIERTO.**—El pueblecito tiene sólo siete casas agarradas como musgo a la cantera. Así de sujetas, que si no ya rodaran ai barranco en los vendavales del invierno. Cuando yo llegué, salido el sol, era verano y hacía calor. Subido a la peña, tuve que quitarme la camisa empapada y guardarla hecha un ovillo en un bolsillo de la sotana. Recordé con una sonrisa los aparejos acicalados de mi misa un año atrás, en esta misma fiesta de Santiago. Hoy, la misma misa, la misma, sería diferente. Sí que

lo fué, porque ésta del pueblecito la celebré sin camisa ni alzacuellos; en alpargatas, que los zapatos los destrozó en la ascensión mi inexperiencia primeriza; con las ropas sucias que hallé en un cajón de la sacristía; sin monaguillo—sólo hay un hombre en el pueblo que sepa contestar al *Dominus vobiscum*, y aquel día estaba de viaje—; y con vino tinto.

Pasarán muchos años, y recordaré esta primera misa, de las tres que celebré un día de Santiago.

Estos contrastes de la vida pueblerina con la exquisitez que como impronta deja la Universidad en quien sin ser un tarugo—que los hay, y asisten a las aulas y, claro, no se les nota—pasa por ella, no se atreve uno a confesarlos al principio, y los devora en silencio. Podrían creer que la fortaleza falla, y en un hombre parece mal. Hasta que un día descubre que no sólo a él se le vino el cielo encima.

Yo lo descubrí una tarde en que coincidimos a merendar en la misma mesa dos médicos y dos curas, jóvenes los cuatro. Fué uno de los médicos quien, enfocando con franqueza la cuestión, resumía sus tres años de vida en ejercicio con palabras que me recordaban el pensamiento del filósofo: El intelectual exonerado de su preeminencia social, a pie, mano a mano con los demás.

Lo malo es que este encontrarse de repente descentrado y fuera de ambiente, no viene solo. El tirón hacia la vulgaridad se deja sentir más fuerte cuando nuestro tierno universitario se enfrenta con grasientas preocupaciones económicas. Deslizada su vida estudiantil en una holgura más o menos amplia, ha de resolver hoy por su cuenta la necesidad de vivir. Lo frecuente, lo ordinario es que la dotación no alcance el último tercio del mes.

De la situación de desconcierto en que se encuentra el universitario llegado al medio rural, sólo cabe una doble escapatoria, innoble por ambas vías. No cuento la tercera, a cuyo examen dedico esta sencilla divagación, porque me he convencido que prácticamente no pesa, no existe en el conjunto universitario destacado en servicio.

La primera posibilidad de escape la encuentra nuestro hombre en el batallar denodado para encaramarse a la ciudad. Y qué planes más puntualmente trazados. Planes que quizá le aislen de las gentes a quienes se debe y resten eficacia a su tarea entrañable en el seno de una sociedad que lo necesita.

El segundo remedio no tiene siquiera los atenuantes de la legítima aspiración que puede latir en el primero: el universitario se convierte en un profesional situado en pie de guerra frente a la gente. Necesita sus dineros para vivir. Con planes no menos metódicos que en el caso

anterior, procura mejorar paso a paso su situación económica hasta lograr una aceptable burguesía. Da cerrojazo a libros y afanes, gratamente sustituidos por la escopeta y el tresillo.

Amigos, estas no son soluciones. Si tú hiciste los seis meses de vida militar que completan los veranos de campamento, recuerdas que un puñado de hombres puede llegar a tener fe en un hombre, y que éste puede entonces hacerles bien. Aquellos soldados incultos, venidos del pueblo, te querían a ti, el joven oficial estampillado. Y tú les querías a ellos. Trabajaste entonces porque tenías conciencia de una misión.

LA VIDA REFLEJA.—Lin Yutang ha encabezado un libro—¡qué doloroso libro, Dios mío!—con una frase de Confucio: «No es la verdad lo que engrandece al hombre, sino el hombre lo que engrandece a la verdad». Un escolástico pondría cuatro distingos en los dos miembros de la sentencia confuciana. Sin complicar tanto la cosa, pronto encontramos en ella un sentido de posible entronque con las más rigurosas tesis aristotélicotomistas.

Nunca la antropología habrá afinado tanto los recursos para ofrecer al hombre un abundante viático en su peregrinación mortal como en el *De consolatione* escrito por Boecio. Las mejores reservas que la Filosofía pueda poner a disposición de los hambrientos están ahí. Ni siquiera en los libros de Goethe se da un paso más. A mi parecer, y es un juicio personal que no quiero imponer ni discutir siquiera, la tragedia y la derrota de Goethe están en la necesidad de mantener a lo largo de toda su obra una línea de armonía humanística forzada; es el Fausto que, de vuelta de todo, quiere, sobreponiéndose a las ruinas, reconstruir a puño su vida propia; el fracaso está a flor de tierra en esa canonización barata que cierra la obra. Pero esto no hace al caso. Boecio, no sé por qué, es menos complicado a pesar de que también llega de regreso. Es delicioso verle acuñar esas definiciones sonoras que los comentaristas posteriores se encargarían de estrujar. De la felicidad dió la media docena de palabras más exactas que jamás se han dicho de tan abundosa materia. Me interesa anotar que en la «posesión perfecta» de la vida, que él exige para la felicidad, todos los comentaristas—no hacían con eso más que aplicar al caso un concepto netamente aristotélico—han destacado la reflexión, el darse cuenta, la noticia refleja del acto por el cual se posee en inmejorables condiciones el mejor de los tesoros. Sin reflexión, sin conciencia—utilizo la palabra, claro es, en su sentido filosófico—no hay felicidad posible. Tendrá razón Confucio cuando afirme que es el hombre, por su percepción reflexiva, quien engrandece a la verdad, a la verdad objetiva inclusive, que sin esa humaná reflexión «estaría ahí», arrojada y yerta, sin sentido. ¿No se quejaba poco hace un buen poeta joven español en lamento por las bellezas perdidas que nadie conoció?

Desde un punto de vista netamente teológico me atrevería a verter en dos páginas de la Suma el concepto expresado por Confucio. Sólo que Santo Tomás lo expone proyectadas en tal modo las líneas, que dibujan una magnitud insospechada para el filósofo chino—y aun para el mismo Lin Yutang—. Los seres creados, por participación de las perfecciones del creador. Esta íntima razón de su existencia, que los enlaza con estrechos ligamientos ónticos a su fuente esencial y existencial, hace que puedan considerarse como términos de la gloria de Dios: el rayo de una posible participación de las perfecciones divinas ha cristalizado en ese ser que con el lenguaje mudo de su propia esencia está señalando la referencia a la fuente de su luz y de su belleza. Gloria es de Dios esta participación de sus perfecciones en los seres creados. Pero no es la gloria completa, la gloria formal, sino cuando motiva en un ser inteligente movimientos de asombro y alabanza; como no se realiza la luz en toda su belleza sino cuando es recogida en la cuenca de una pupila. Los seres existen: espejo de Dios. Los seres asombran: cercanía, reconocimiento y alegría de Dios ensalzado.

He meditado a esta luz el pensamiento de Confucio. No basta que la verdad y la vida sean grandes y bellas. Es menester que al hombre se le abra el alma en admiración y querencia. Reos somos los hombres cuando vivimos sin ver, cuando manejamos sin sentir. Reos cuando engolfados entre árboles no ubicamos el bosque. Reos cuando chupamos la tostada sin agradecerle la finura al aceite. Merecedores de castigo metafísico. Yo acostumbro en mis homilías a decirles a mis labriegos cuánto me duele que manejen el milagro sin asombrarse y cantar. El milagro del puñado de semilla aventada en el surco, el milagro del recental y de la abeja, el milagro del río y de los pinos.

UNIVERSITARIOS EN MISIÓN.—Ahora ya veis adónde apunto. El primer paso que hemos de dar en la elevación del nivel cultural de nuestras gentes es iluminarles la mirada, prendérsela en la chispa de una fruición y un deseo. Quienes hemos tenido que raspar en la roca sabemos que a nada conduce un intento de educación religiosa o educación política sin preocuparse—ocuparse antes, acometer primero—de la educación sencillamente humana, sin liquidar de antemano el barbarismo casi ancestral que traen al mundo metido en los tuétanos los hijos de nuestros labradores. No diré yo que los pastores de Guara tengan que hablar con la cadencia y el ritmo que aquellos mentidos de Arcadia. Pero sí creo y defiendo su derecho a un cultivo de los valores espirituales que Dios ha encerrado en la rusticidad de sus vidas. La sociedad es el sujeto del deber correlativo a tal derecho. Que el pastor seque por la noche sus calzones a la lumbre y que paladee al mismo tiempo la satisfacción de un día grato y unas reses bien cebadas.

El vulgo ha mirado siempre con cierto recelo a las gentes de letras, y ante todo hay que ganarles por la mano de la simpatía, inclinándose comprensivos a sus puntos de vista. Es un mal añejo, cuyas causas sería curioso examinar. Los pueblos de Grecia apedrearon muchas veces a los «filósofos recitantes». Xenófanes y Empédocles correspondieron a esas finezas con los más agrios insultos. Verdad es que, de una parte, la sofistería charlatana y, de otra, el afán de lucro les pusieron frecuentemente en evidencia. Como se vicia tantas veces la labor de nuestros «universitarios en misión» cuando el vulgo les ve el plumero de un afán de medrar o de dineros. Pero la tarea es lo suficientemente delicada para que puedan llegar malos resultados cuando se podría esperar otra cosa. A San Pablo también le dejaron tendido a palos en las puertas de alguna ciudad. Me acordaba de él cuando en el estreno de *Las aguas bajan negras* vi en algunos planos rodar por el suelo al bueno de mosén Prisco que se las deseó y se las hubo antes de conseguir el viraje mental de sus aldeanos a la llegada de los nuevos tiempos. Salvador María de Ayerbe tiene contado un «predique con segunda» que puso en conmoción imaginaciones y lenguas de un pueblo del Somontano; no dice el autor si el cura echó la picardía en sus intenciones; hubiera sido lo mismo, porque la gente sencilla es por su misma simplicidad lo bastante complicada para olfatear los rastros.

Sin embargo, ahí está nuestra trinchera. ¡Nos quejamos tanto del bajo nivel cultural de nuestras gentes! Soy enemigo de pedir responsabilidades. Pero no podemos pretender que en los pueblos se verifique una autoeducación que no podría darse ni en mejores ambientes. En cada centro rural un puñado de universitarios allí destacados han de sentir pesar sobre sus hombros la responsabilidad de enseñar a vivir a los demás. Con grafismo brutal me decía una mujer: «Yo sé hacer los hijos, no sé criarlos». El pueblo «sabe», mejor dicho, no sabe, no, «verifica» las actividades elementales que defienden y reproducen la vida. Pero no «sabe» vivir. Hemos de enseñarle. Hemos de iluminar su senda. Hemos de aclarar su alma. En todos los órdenes: en un aprovechamiento más racional del esfuerzo agrícola; en un saneamiento de sus métodos administrativos; en una mayor finura de relaciones sociales; en una conciencia nacional y religiosa mejor formada.

Para esto, somos todos necesarios y todos responsables. Ellos serán como nosotros los hagamos. Si ahora son tan cazurros, porque así los hicimos lo son: mejor, porque no los hicimos.

LA PRÁCTICA.—He dicho que la considero difícil, y lo digo porque lo he comprobado en mis ensayos personales. La sentencia de uno de los siete sabios de Grecia asegura que «los hombres son malos». No, yo creo que no puede así como así decirse que los hombres, pobres hom-

bres, sean malos. Tunos sí, muy tunos. Es el origen de la dificultad que impide operar sobre amplias zonas sociales para su dignificación. Temen, y hacen bien, pues que muchas veces les hemos escarmentado. Mucha paciencia, buen ánimo, y a trabajar lo que puedas.

Con la paciencia, la prudencia, el «sentido de la situación». Temas y exquisiteces que son de tu agrado pueden no ser admitidas a digestión por las gentes del campo. Comprenderás que para ellos un buen diseño de Labra o Valdivieso vale por un acertijo. Cuántas veces me he repetido la admonición ante un altar que iba a reformar: Tú encuentras inaguantable este maremágnum de colores e imágenes; ellos rezan mucho mejor así que ante el Cristo desnudo y los seis candelabros... Hemos de educarles el gusto también, mas poco a poco, y teniendo en cuenta que somos nosotros quienes estamos en servicio.

Entre los bocetos andaluces de Pemán hay uno que describe el sacrificio y la renuncia del buen cura que, olvidando sus ilusiones personales, entrega las horas, la conversación y el humor a los feligreses que tiene encomendados. Por las noches se agarra, como náufrago a tabla, a los infolios de Suárez y Escoto. Hay que tener un sentido ecuménico de la tarea concretísima y menuda que realiza el maestro en la escuela de adultos, el médico o el veterinario en el café del pueblo, el cura jugando al fútbol con los mozos; que a lo mejor, como son fuertes y algo brutos, le darán una patada sin querer.

Es hora de estudiar el asunto en común, de trazar las líneas para una alta pedagogía que no pierda el tiempo en bobadas. Un programa concreto, creo que no puede aún proponerse. Pero sí combinar los esfuerzos e intercambiar experiencias. Un día Federico Sopena, universitario exquisito, a punto de cantar su misa me preguntaba: «¿Qué haría yo, José María, si tuviera que ir a estar con las gentes de un pueblo?» «Quererles, Federico». Quererles, ¿habéis oído? Cuántas cosas buenas pueden hacerse si el cariño anda de por medio.

JOSE MARIA JAVIERRE